

Desde París

ALFREDO BRYCE
ECHENIQUE

“PARA UNA LARGA VIDA DE TERNURA”

A veces he tratado de ponerme sociólogo con respecto a la forma tan triste en que muchos latinoamericanos pasan el domingo en París, que era una fiesta para Hemingway, y movable, además, según el título original de su libro recordatorio de la Ciudad Luz. No sé; será que a los del sur del Río Grande nos mueven tanto de lugar la fiesta que como que no la encontramos por ninguna parte, los domingos, y terminamos, las cursivas son de Vallejo, en pleno *Fue domingo en las claras orejas de mi burro, de mi burro peruano en el Perú (Perdonen la tristeza)*, o algo así.

Una buena sinusitis se caracteriza, entre otras cosas, por el hecho de que convierte todos los días de la semana (o semanas que dura), en domingo. Por lo que yo, que padezco de este gran mal, crónica y cronológicamente, soy lo que bien podría llamarse un experto en domingos, un auténtico dominical, *un vrai connaisseur* (las cursivas, en este caso, son sólo francés). Bien. Dotado de tan grandes recursos para este tipo de encuesta sociológica, traté, en los últimos tiempos, de entregarme cuerpo y alma a convertir la mala calidad del domingo de los latinoamericanos en datos estadísticos que me permitieran llegar a una conclusión, para luego, a partir de ésta, emprenderla contra los domingos y terminar de raíz con los domingos. Ruego se me perdone la repetición obsesiva de la palabra domingo en *las claras orejas*.

Mi encuesta ha fracasado, y no porque haya equivocado mi método de trabajo. Ha fracasado simplemente

por una tristísima falta de colaboración de los endomingados individuos que seleccioné para llevarla a cabo. (Comprenderá el lector el nuevo significado que el autor le da a las palabras endomingado, endomingarse, y endomingamiento). Y sin embargo, qué fácil me parecía todo al comienzo. Iba por la vía más lógica, más analítica, iba directamente al grano, que en este caso es el teléfono, la llamada telefónica, aquella que es mil llamadas, de las cuales unas quinientas, más o menos, impertinentes, de lunes a sábado (salvo casos de sinusitis, claro está), y ninguna, ni siquiera una impertinentísima, por favor, el domingo. Se trataba, pues, de llamar yo a aquella pobre gente que tampoco recibía llamada alguna el domingo, cual si estuvieran aquejados de mal de sinusitis, gran mal.

Parecían estarlo, en efecto, porque estaban, también en efecto, profundamente endomingados, en la nueva acepción del vocablo. Pobrecitos, lo mal que los encontraba. Todos respondían con voz de sinusitis, con abatimiento de inhalador, con la agotada prisa del que no puede seguir hablando porque se le enfrían los vapores de la tercera inhalación del día. Pero no, no es verdad. Es simplemente *verás que todo es mentira... y que al mundo nada le importa, vira, vira*. O más simplemente, tal vez, que nadie desea que por nada de este mundo se le meta un endomingado en su endomingamiento dominical.

A los latinoamericanos que han alcanzado un estatus social que les permite poseer una bata vieja en París, hay que imaginarlos en bata todo el domingo, plagados de malas pulgas, y defendiendo a bata y espada el secreto que todos compartimos, sobre todo durante el invierno, que en París normalmente abarca otoño y primavera (lo demás es purita canción tipo Gershwin o Sinatra), y que, unidos, tal vez hubiésemos logrado exorcizar. Y exorcizar para bien, incluso, de aquellos que tienen que permanecer en la ciudad durante el verano que, según me cuentan, pues estuve ausente, este año cayó en lunes. (Hay un monsieur Chabout, en radio France Inter, que cada mañana a las ocho anuncia las calamidades climatológicas que le corresponden a la ciudad y al país, y al que últimamente vienen presentando acompañado por la canción del señor Chabout, una distinta cada mañana, ganadora de un diario concurso entre los radioescuchas, para que así éstos comprendan la tarea tan difícil de un calamidanunciador, se enternezcan, le tomen cariño, y lo perdonen por-

que en el fondo qué culpa tiene monsieur Chabout de todo lo que va a caer hoy del cielo o de la caída del termómetro o de la del estado de ánimo de todo un país que siente que con un rayito de sol, no de luna, que brilla pero que no calienta, se podría soportar mejor esta crisis general: económica, de valores, de valores de la bolsa, todo en la misma bolsa, que es lo que llamo yo una buena crisis).

Vuelvo a los latinoamericanos los domingos, tema del cual, como verá el lector, he tratado de alejarme tan sólo para malcaer en el del señor Chabout, del cual trato también ipso facto de alejarme porque presiento en él algo así como un endomingamiento general del mundo, con el cual no quiero tener nada, pero lo que se dice nada, que ver. O sea que aquí estoy, pues, de nuevo con los latinoamericanos en París. Pero decía que mi domingo sociológico o sociologizable ha fracasado por la enorme falta de colaboración telefónica de los que tampoco a mí me llaman y entonces para qué los vengo yo a molestar si el domingo es día de guardar, de guardar el secreto que todos compartimos, cuando no cama a tiempo completo, o bata y espada caminando como un imbécil por un departamento más imbécil buscando algo que se nos ha perdido adentro de nosotros mismos en una ciudad que, de pronto, con lo linda que es, nos pesca sin embargo tan lejos de la más mínima oreja de burro. El que me entienda que me siga.

En honor a la verdad, y fracasada por falta de colaboración o exceso de endomingamiento de mis amigos latinoamericanos (escribo esto en domingo y por nada suena el teléfono y lo mismo le está sucediendo a tanta gente), mi puesta sociológica (empecé este artículo hablando de que a veces he tratado de “ponerme sociólogo”, y ahora ya estoy en la parte del fracaso de mi encuesta y/o, por qué no, de mi puesta sociológica), en honor a la verdad debo decir que desde mi primera novela me preocupó el tema del domingo, aunque como ésta transcurría en el mundo para Julius, mi preocupación tuvo que trasladarse al ámbito limeño donde había un personaje apellidado de Altamira, como las profundas cuevas, que perdía la fe los domingos por la tarde.

Gracias a él, paso ahora de la sociología a la filosofía, para interpretar el asunto dominical desde el punto de vista de la muerte de Dios, idea que recién venimos aceptando los latinoamericanos con eso de que las cosas nos llegan tarde, cuando por Francia, tiempo antes que Nietzsche y

ellos, ya Stendhal había escrito que la única culpa que se le podía echar a Dios era la de no existir. Pero en Latinoamérica, no sé, como que hubiera siempre mayor cantidad de esperanza que en el viejo mundo. Fíjense ustedes, por ejemplo, en la cantidad de sacerdotes que se quitan la sotana para casarse o volverse revolucionarios. Matrimonio y lucha por cambiar el mundo: dos actos que implican esperanza. Hay pues un desequilibrio tipo espacio y tiempo histórico que, en París, le resulta profundamente desventajoso a los latinoamericanos que antes tenían con qué llenar el día de guardar. Hoy muchos se llenan de vino la noche anterior pero ni por esas se salvan de este domingo de nuevo cuño y de mala calaña.

Soy limeño y tengo en mi discoteca, entre rancheras y tangos, un disco de un duo criollo ya desaparecido, *Los troveros criollos*, que allá por la década del cincuenta cantaban en Radio El Sol, el siguiente valsecito:

Quando llega el domingo
a la ciudad de Lima
si no quiere gastar un platal
se puede marchar de la capital.
Invierno pa' Chosica
verano para Ancón,
pero si usted se puede quedar
verá qué salpicón...

He probado ponerlo en domingo, pero sólo me alegra cuando lo recuerdo en lunes o jueves. Un día se lo puse a un peruano endomingado, y de esta cruel manera logré liberarme de él. Sí, porque muy de domingo en domingo, suele caer alguien en casa de uno. Pero cae cada caso. Al que largué con el valsecito sobre el domingo limeño se le había ocurrido nada menos que hablarme de mis libros, en los que había encontrado únicamente aquello de lo cual ya estaba convencido desde antes de leerlos. Y yo, en bata y espada, y plagado de malas pulgas, sólo podía soportar que encontrase en mis libros aquello de lo que yo estaba convencido desde antes de escribirlos. Pero el lunes seguí pensando en mi visitante y, gracias a ello, voy a entrar ahora en algunas consideraciones sobre estos malentendidos y problemas entre el autor, el lector, y el crítico. Para empezar, creo que el lector debe recordar que escribo en domingo, a pesar de Melina Mercouri, aunque recordando lo pensado un lunes y siguientes.

Dizque no hay nada menos poético que un poeta. Digamos que un es-



critor, en general. Resulta que, en efecto, se puede sufrir una grande o pequeña o nula (sobre gustos y colores y/o también se casan los autores) desilusión al conocer a una persona que, a través de sus obras, habíamos imaginado diferente. Por no decir maravillosa (o so). Diré, para concluir dominicalmente con este punto, que una persona que piensa que es mejor no conocer a los autores porque, a través de sus obras, los ha imaginado, si no mejores, al menos diferentes, puede convertirse, si la comparamos con el visitante de mi párrafo anterior, en el lector o lectora ideal.

He hablado de problemas entre el autor, el lector, y el crítico, pero olvidaba el de los amigos que no leen. Proust tenía un gran amigo, llamado Emmanuel Bibesco, que era un gran viajero y que solía escribirle tarjetitas postales de cada ciudad que visitaba. En cada una le contaba que, lugar al que llegaba, lugar en que medio mundo estaba leyendo uno de sus libros, agregando, eso sí, con gran finura, que "desafortunadamente él jamás los leía." Con otro amigo le sucedió algo peor todavía, aunque a Proust no parece haberle fastidiado el asunto pues lo cuenta en una carta con tono alegre y desenfadado. Resulta que un día le envió un libro a su querido y recordado Duque de Albufera. Poco tiempo después lo llamó por teléfono, y se produjo el siguiente diálogo:

—Mi querido Luigi ¿has recibido mi último libro?

—¿Libro, Marcel? ¿tú has escrito un libro?

—Claro, Luigi; y además te lo he enviado.

—Ah!, mi querido Marcel, si me lo

has enviado, de más está decirte que sí lo he leído. Lo único malo es que no estoy seguro de haberlo recibido.

Según Leonardo Sciascia, de cuyo último libro, *Nero su nero*, extraigo estas anécdotas, lo mismo sucede hoy con ciertos críticos. Leen siempre los libros que los autores les envían. Y hasta escriben reseñas sobre ellos. Sólo que a veces no están seguros de haberlos recibido.

Se las agarra muy dominicalmente Sciascia, con aquellos críticos que se agarran a un escritor hasta convertirlo en algo propio. Y puesto que este es un mal del que ya más de algún escritor latinoamericano debe haber padecido, creo que es importante tener presente el caso de Pirandello y sus pirandellianas relaciones con "su" crítico Adriano Tilgher, que terminó sintiéndose no sólo el fabricante de la fama de don Luigi, sino también el creador del Pirandello pirandelliano. Feliz el autor que lee las críticas sobre sus libros con el distanciamiento y la serenidad con que lee las críticas sobre los libros de otros autores. Pues, como decía Hemingway, jodidillos andamos si le creemos al crítico que nos dice que tal libro nuestro es excelente, pues tendremos que creerle cuando nos diga que tal otro es todo lo contrario de excelente. Y a tirar la confianza en sí mismo al tacho de basura. La frase de Hemingway es de implacable lógica y tan seria como todo lo que solía decir este autor sobre la literatura. Lo de Pirandello acabó muy mal, pues según Sciascia podría explicarse el fascismo del autor de *Seis personajes en busca de autor*, tan sólo como una compleja reacción contra Adriano Tilgher, que era antifascista.

Pero volviendo a Hemingway, voy a aprovechar para incluir aquí unas públicas disculpas que le debo, por haber dicho en una oportunidad que si de algo carecía era de humor. Le sobró, en cambio, en una conversación de la que nos da cuenta en *Verdes colinas del Africa*. Su amigo Karl, en plena caminata y en plena cacería, lo andaba volviendo loco a preguntas; lo que había empezado como una conversación, dice Hemingway, se había ido convirtiendo en una seria entrevista. Y Karl acababa de preguntarle, nada menos, que cuáles eran, según él, los principales peligros para la carrera de un escritor. Cuenta Hemingway que "se puso profundo", para responderle que los principales peligros que acechan la carrera de un escritor son la política, el dinero, las mujeres, el alcohol, y la fama. Y concluye, añadiendo: "Y la falta de política, de dinero, de mujeres, de alcohol, y de fama." Todos podemos imaginarnos que Karl com-

prendió que debía callarse la boca y que a Hemingway pudo haberle temblado un poco el pulso que tan firme necesitaba ante los leones.

Otras públicas disculpas que aprovecho para pedir en domingo, son las que les debo a los militares que gobiernan mi país. Se trata también, en este caso, de haberlos acusado injustamente de carecer de sentido del humor, como la mayor parte de los militares que he encontrado por el mundo. Pero fíjense ustedes que, no hace mucho tiempo, el General Morales Bermúdez, Presidente del Perú en la segunda fase del actual gobierno, declaró que las medidas que llevaron al parametraje de los diarios de circulación nacional, eran, lo reconocía, el más grave error del gobierno. Había que encontrarle por consiguiente rápida solución al problema. Fijó enseguida fechas que no se cumplieron, y por último parece ser que es al próximo gobierno a quien le tocará resolver el más grave error del actual. Se trata, a mi entender, de un verdadero toque de humor en quienes nunca creí que lo habían tenido. Se trata de un extraordinario caso de humor negro militar.

Y quienes lo corrijan, por favor tengan en cuenta un elemento que ha sido olvidado, no sólo en las discusiones que en el Perú se dan en torno a la solución de los problemas de la prensa de circulación nacional, sino que parece estar siendo olvidado en el mundo entero. Ese "elemento" es nada menos que el público lector de los diarios. Por todos lados asistimos a esa uniformización de la prensa, a esa falta de coraje de alguna gente de prensa para lanzar sus propias opiniones. Parece que hubiera un biombo entre un lector y un periódico. Y, lo que es peor, parece que los diarios se escribieran prescindiendo del público. No para el público. Este no existe. Y si existe, se presupone que no tiene criterio, de la misma forma en que muchas veces el periodista no tiene moral alguna. Quien me quiera seguir que lea ese extraordinario libro de Heinrich Böll sobre la libertad de prensa en Alemania occidental, sí, en esa Alemania, en la llamada libre. El libro ha sido llevado al cine con el mismo título de *El honor perdido de Katherina Blum*. En tiempos que son los nuestros, jamás me he encontrado con una heroína tan pura, tan noble, y tan honrada como Katherina Blum. Y vemos lo que hizo una cierta concepción de la libertad de prensa con la libertad de esa mujer inolvidable y real, tan



real que también sufría de domingos agudos y a veces por la noche huía también del endomingamiento de su vida. No olvidemos que, en Lima, al periódico sensacionalista *Ultima Hora* se le solía llamar "La Prensa borracha" y que tuvo sus Katherinas Blum.

Ya me amargué. Perder la paciencia, alterarse, ¿será o no un peligro para el escritor? ¿Indignarse? Nada nos dice sobre ello Cyril Connolly, en su libro *Los enemigos de la promesa*, en el que habla in extenso y de profundis acerca de esos peligros que con tanto humor nombrara Hemingway. Y Connolly habla desde ambos lados de la barrera, pues fue escritor y crítico y ni tan inglés ni tan flemático en la parte que nos cuenta lo que es un crítico, como parece serlo en la parte en que aconseja a los escritores evitar los peligros que pueden acabar con una promesa literaria. Creo que es un libro que todo escritor debería leer, de la misma manera en que creo que a nuestras izquierdas les haría tanto bien leer *El hombre rebelde*, de Camus, a ver si de una vez por todas empiezan a entender que a menudo el otro también tiene razón, y que a veces es un maravilloso descubrimiento el que podamos permitirnos el lujo de seguir siendo nosotros sin tener que tener la razón que a veces no tenemos todo el tiempo. Sartre hace rato que le pidió perdón a Camus por no haberlo comprendido cuando publicó *El hombre rebelde*, libro que parece escrito hoy. Y creo que este ha sido el último acto juvenil del viejo Sartre.

Pero, tras haberse subido al pedes-

tal sereno del crítico para proteger a los escritores del periodismo, el licor, las mujeres; la conversación, los hombres, el dinero, los premios, y la fama (y hay mucho más en el libro), Cyril Connolly habla de Cyril Connolly para explicarnos quién es el crítico, y lo poco ciertas que son la ecuanimidad y la distancia con que un hombre juzga la obra de otro. El crítico, según Connolly, es, como el autor, otro producto más de su época y de su momento, y que también crece y se forma entre teorías e ilusiones propias de su medio, por lo cual sus observaciones no alcanzan jamás la objetividad y la pertinencia, ni mucho menos la infalibilidad que algún ingenuo lector puede atribuirle. Tanto su infalibilidad como su imparcialidad son meras ficciones, de la misma manera en que es pura ficción aquello de que un juez no está sometido a las mismas tentaciones que el hombre que juzga y que es totalmente incapaz de caer en ellas. Nunca me he sentido tan lejos de los temores que a veces el crítico nos puede inspirar, como tras la lectura del libro de Cyril Connolly. Y nunca tan cerca a entender a los críticos a través de sus artículos y reseñas, como tras haber leído la segunda parte de *Enemigos de la promesa*, donde el autor nos cuenta su vida y cómo y por qué terminó siendo crítico un sufrido estudiante de Eton y de Oxford. Con este libro, publicado por primera vez en 1938, Cyril Connolly produjo un verdadero revuelo en el panorama de la crítica literaria inglesa.

Lo malo, claro, es que uno se tiene que meter en cosas de crítico, a veces, y qué poco categórico se siente para afirmar algo categóricamente, conociéndose como se conoce. Con respecto a los domingos, por ejemplo, en que nunca le falta a uno alguien para decirle: ¿Y por qué no ves la televisión? Bueno, si he criticado cierto periodismo escrito por lo que puede hacer con el ser humano, o porque olvida al lector, cómo no criticar, y a gritos, a la televisión, porque por países del mundo entero he andado algo y en todas partes la he odiado por embrutecedora, por lo poco y humanamente barato que se hace con un medio de comunicación tan lleno de posibilidades. Todos sabemos lo que es la televisión o sea que dejémonos de tonterías. (Botones de muestra: en Alemania occidental, el Jefe de Estado se dirigió hace poco, y nada menos que por televisión, a todos sus compatriotas, pidiéndoles que se abstuvieran de mirar televisión un día a la semana. El párroco de una pequeña ciudad del norte de Francia acaba de pedir lo mismo desde el púlpito). Y yo, terri-

blemente crítico, infalible, ecuánime, distante, quisiera gritar que en tierra de tevidentes el ciego es rey. Pero viene la otra parte, la que corresponde a la segunda parte del libro de Connolly, donde habla de cómo y por qué llegó a la crítica. Y así resulta que, en mi caso, este patológico odio por la televisión viene de un trauma que me dejó en herencia mi abuelo.

Veamos. Mi padre era el más grande fanático de todos los aparatos de ese tipo: radios, grabadoras, estereofónicos (su equipo estereofónico tenía más parlantes que discos, me parece recordar). Y a mi abuelo, que era cinemero dominical (¿se le habría muerto Dios a ese ateo orgulloso? ¿en qué consistió su problema con los domingos? Son cosas que ya nunca sabrá, pero que de todos modos se heredan, y es por eso precisamente que tanta gente dice a menudo: No sé lo que me pasa pero siento como si...), mi padre lo invitó un domingo a ver televisión en el primer televisor que llegó legalmente al Perú. Asistía la familia en pleno. Mi padre se debatía entre el orgullo de un niño y la felicidad de un niño. Encendió, apareció la imagen, arrancó el programa, y exactamente un minuto más tarde mi abuelo se me acercó a la oreja, para no herir a mi padre, y me dijo: "El tamaño no me conviene", dejándome, de por vida, gravemente herido, casi inválido para la televisión. ¿Por qué no se lo dijo a una de mis hermanas, a uno de mis hermanos? No lo sé. Sólo sé que desde entonces el tamaño no ha logrado convencerme nunca y que es lo primero que me estorba y me arruina toda posibilidad tevidente, arruinándome también de paso la posibilidad de ex-lamar airado, y para escarmiento de futuras generaciones, que en tierra de tevidentes el ciego es rey. Y aunque es verdad, y la tele tal como anda, anda embruteciendo a medio mundo, no me siento autobiográficamente autorizado para dar una voz que sea distante, ecuánime, y equilibrada. Lo que sí, ecuánime, equilibrado, y distante, puedo decirle al lector ideal que se cuide del crítico que pregona infalibilidad desde alturas que le impiden ver que también él... etc. Y, en el fondo, sólo el placer que puede experimentar un escritor al redactar su texto puede darle una idea del placer que sentirán el lector y el crítico al leerla; siempre y cuando, claro está, el crítico no haya perdido su condición de lector que goza con un texto sin pensar en el autor ni



en nada que no sea la búsqueda de la fuente de ese placer que el escritor sintió, le permitirá comprenderlo y situarlo debidamente.

Ya casi no me queda domingo, felizmente, y ello gracias a estas páginas cuyo título voy a tratar de explicar ahora. En horas de la noche de ayer que eran ya horas de este domingo, subí el último metro, el plagado de extranjeros en la gran ciudad contemporánea, el de los que regresan a casa lo más tarde posible para dormir hasta muy tarde y robarle así horas de la mañana al domingo. Para latinoamericanos, bastaba y sobraba conmigo, desde que caí sentado justo frente a un aviso publicitario que me dijo mañana ya tienes cómo ocupar las peores horas del endomingamiento. Era un aviso que publicitaba productos para el cuidado y alimentación de perros y gatos que, en esta ciudad contemporánea, son más conocidos por el nombre de animalitos de compañía. Había de todo en el aviso para la alimentación y el cuidado de los animalitos de compañía de la gente que anda hasta las patas en las grandes ciudades contemporáneas. Esas gentes que no juegan con los perros sino que les cuentan su vida, conversan con ellos, y de pronto les aplican las más feroces pateaduras. Cuatro fotos para el recuerdo en el aviso ahí delante de mí. En un sillón, donde pudo haber un amigo, un esposo, o un invitado cualquiera, posan del brazo Mami y Minou. Identificadísimos. La segunda foto es la de Nick con Zoé, identificadísimos, y como recuerdo de la Navi-

dad 1978. La tercera es un sillón estilo Voltaire, igual al que tengo en casa (Dios me libre y me defienda), sobre cuyo brazo derecho reposa en forma totalmente inverosímil la patita de un perro orejón al que, con toda seguridad, le falta la compañía de un animalito, aparte de que debe sufrir de insomnio y pasar pésimo los domingos, de lunes a sábado. En la cuarta, que prefiero no recordar, otro sillón, y un gato, esta vez.

Todos sabemos que Knut Hamsen, ganador del Premio Nóbel por su novela *Pan*, en la que desbordaba de amor por la naturaleza, terminó colaborando con los nazis, probablemente porque nunca amó demasiado a los hombres. Y lo mismo creo que puede suceder con tanto amor por estos animalitos de compañía en que se han convertido los que antes fueron perros y gatos con los que uno podía jugar tan alegre y afectuosamente. Pero tanto amor de este cuño, tan exagerado amor de esta calaña, puede ir remplazando poco a poco a la solidaridad humana, al amor por el ser humano. Hay que desconfiar de él. He visto, en el metro, decenas de personas desesperadamente eternecidas, inquietísimas porque maullaba perdido por algún corredor un gatito que nadie lograba ver. Hasta se me ocurrió que era un Alfredo Bryce cualquiera que se había comprado un pitito o algo por el estilo que sonaba exacto a maullido de gatito perdido, con el afán de llevar adelante un test sociológico, tras la fracasada encuesta sobre los domingos latinoamericanos. La gente perdía vagones de metro en su desesperación por encontrar al extraviado bichito de compañía. Sospecho mucho de Alfredo Bryce porque me quedé mucho rato y el quejido siguió y la gente siguió perdiendo un metro tras otro en una gran ciudad contemporánea donde a cada rato alguien no le cede el asiento a nadie y que te libre el cielo de sentirte mal y dar de bruces al suelo en plena calle. Por eso me resultó absurdo e ininteligible y sumamente entristecedor aquel aviso publicitario que anoche vi y que me hizo pensar en trabajar un poco este domingo en torno al letrero que estaba encima de las fotos de los bichitos y de los productos para bichitos de compañía, y que decía: PARA UNA LARGA VIDA DE TERNURA. Bueno, y aquí les entrego este domingo de trabajo y mejor que otros domingos que se entrega un torito bravo de lidia, o como dicen que entregaron los moros las llaves de Tetuán, modestia aparte.

París, febrero 1980